

La ética y el lenguaje de la moralidad

Fernando Salmerón

ACERCA DEL ESTUDIO DE LA MORALIDAD

Lo que aquí se pretende es solamente indicar la relación de la *ética*, entendida como una rama de *la filosofía en su sentido más estricto*, con el lenguaje de la moralidad. Pero se da por sentado que en estas pocas páginas no es posible ninguna precisión sobre lo que se quiere decir con la palabra filosofía –aunque a lo largo del escrito pudiera proyectarse, de manera indirecta, alguna claridad sobre el asunto. Lo mismo acontecerá con el concepto de moralidad, de cuya definición tampoco será posible adelantar nada –aunque a veces tengamos que suponer como conocidos algunos de sus rasgos esenciales. Dentro de tales limitaciones, estas notas quisieran ser un ensayo de ética, es decir, un ejercicio de filosofía relativo a cuestiones surgidas en el lenguaje de la moralidad.

El acercamiento al complejo fenómeno de la moralidad, como esfuerzo de conocimiento, puede hacerse de diversas maneras. Es posible estudiar la moralidad como un hecho social, dar cuenta de su operación como armonizadora de intereses, ponerla en conexión con otras realidades sociales y explicar, por relación a éstas, sus estructuras y cambios a través de la historia. Es posible también esclarecer sus orígenes en la psicología individual, sus funciones como guía de acción al servicio de una actitud moral, su relación con impulsos y creencias y, con esto, hacer más comprensible la conducta de un individuo o de un grupo. En todos estos casos es claro que la tarea queda en manos de aquellas disciplinas científicas –psicología, historia, antropología, sociología– que responden a nuestras preguntas acerca de comportamientos morales efectivos, en una comunidad determinada y en un

cierto momento de su historia. Pero aunque tales respuestas puedan contener informaciones amplias acerca de la conducta moral; de los juicios de valor y en general de las reacciones que alientan y estimulan esa conducta; así como de normas y principios realmente vigentes; y de convicciones y doctrinas morales de las personas educadas –no responden a las preguntas morales propiamente dichas.

Las respuestas a las preguntas morales –actitudes, palabras, acciones– se dan en nuestra vida moral de todos los días y, en conjunto, constituyen la moralidad misma, pero no provienen de la investigación científica. Aunque las ciencias pueden contribuir, con sus avances, a modificar nuestras creencias y nuestros ideales morales, por sí mismas son incapaces de proporcionarnos a cambio otros nuevos ideales. El paso de las consideraciones acerca de lo que es la realidad de la que tenemos experiencia, a conclusiones acerca de lo que debe ser nuestra conducta, permanece un salto imposible de salvar desde el punto de vista lógico. Por otra parte, las operaciones todas de la ciencia –describir, teorizar, explicar, predecir, etcétera– requieren una cierta distancia entre el investigador y su objeto, en relación a su compromiso práctico.

Aun en el caso de que el objeto a investigar sea la moralidad, en cualquiera de sus aspectos, el compromiso queda como parte del objeto de estudio. Al enunciar una norma, por ejemplo, o enunciar un deber o una recomendación moral, el investigador *cita* una expresión y al escribirla entre comillas la arranca de su contorno original para dejarla en el campo de la descripción y de la teoría. Las operaciones de la ciencia, en este sentido, son neutrales desde el punto de vista de la valoración moral –lo que no quiere decir que, en

determinados contextos, sus resultados no puedan tener consecuencias morales de importancia e incluso formar parte de un argumento moral. Y aunque la ciencia misma como tal, en tanto que tarea humana, no sea ella misma neutral desde el punto de vista de la moralidad y de las actitudes morales.

La clase media de la ciudad de México ¿considera el aborto bueno o digno de encomio? ¿Cómo se explica la diversidad de normas que gobiernan las formas de matrimonio en las poblaciones de la costa de Guerrero? ¿Qué papel tiene la educación escolar en la formación de los ideales morales y políticos del niño mexicano? Interrogaciones como éstas han de ser contestadas por los investigadores de las ciencias sociales, pero cualesquiera que sean sus respuestas no constituyen un pronunciamiento ni sobre la moralidad del aborto, ni sobre el valor del matrimonio, ni sobre los ideales políticos de las clases dominantes en relación a otros ideales. Los pronunciamientos de esta clase ya no son resultado del trabajo científico y operan, en la vida práctica, como guías de acción.

Tampoco la filosofía —la ética como disciplina filosófica— da respuestas a las preguntas de la vida moral, aunque pueda contribuir a esclarecerlas. Lo que ella enfrenta son interrogantes surgidas de la moralidad, pero no contempladas en tanto que fenómenos psicológicos o sociales, sino en tanto que expresiones de estos mismos fenómenos. Se trata de un acercamiento a esa misma realidad, pero a otro nivel y por otra vía: la del análisis del lenguaje moral. La filosofía se pregunta por el significado de los gestos de rechazo y de las expresiones de encomio; por el significado de los términos clave del lenguaje moral; por las relaciones entre las normas que gobiernan la conducta y los principios que les sirven como norma básica; por el fundamento de estos principios y el de los ideales últimos de la vida; por la estructura lógica del razonamiento moral, y por el valor de verdad de las doctrinas morales sistemáticas más acabadas, que se integran en una concepción del mundo y suponen éstos o aquellos rasgos de la naturaleza humana. Pero exhibir supuestos, poner en claro significados, examinar enlaces lógicos y cuestionar intentos de fundamentación, no ofrece primariamente guías de acción —aunque a veces pueda contribuir a que éstas cambien o pierdan eficacia en nuestra convicción.

Lo característico de la moralidad, en cambio, es justamente el carácter esencial de su elemento práctico: su compromiso de acción dentro de una circunstancia que no puede ser eliminada por más que acumulemos esfuerzo reflexivo al servicio de esa práctica. La distinción tradicional entre

moral consuetudinaria y moralidad reflexiva, que parece partir en dos la historia del pensamiento occidental, es una distinción relativa, discutible como acontecimiento histórico y requerida de mayores precisiones desde el punto de vista del examen de la moralidad. De alguna manera, la reflexión ha intervenido en la formación de los sistemas tradicionales fundados sobre la costumbre, e igualmente es posible reconocer, aun en las doctrinas que se ofrecen como racionales, el peso de los hábitos y de los usos sociales.

En el examen del lenguaje de la moralidad es posible marcar mayores distinciones, cada una de las cuales se puede mostrar como un nivel diferente del discurso. El señalamiento de estos niveles permite hacer patente la complejidad del razonamiento moral, la dificultad de los pasos lógicos más frecuentes y el carácter, verdaderamente teórico y crítico, de la ética como disciplina filosófica.

LOS CUATRO NIVELES DEL DISCURSO MORAL

El primer nivel del lenguaje moral se puede registrar a partir de las expresiones de satisfacción o disgusto, rechazo o elogio, aparentemente espontáneas que, por su misma índole, no hacen surgir cuestiones de verdad o validez. Tomadas aisladamente y no como partes de una actitud moral, que es por definición un fenómeno complejo, estas expresiones pueden, sin embargo, influir seriamente en los sentimientos y la conducta de otros. Su capacidad evocadora y de influencia es lo que ha sido puesto en evidencia por el análisis de los filósofos emotivistas, quienes ven en este rasgo característico la esencia misma del discurso moral. Lo que no deja de ser una exageración difícil de acoger. Porque aun aceptando que cualquier clase de expresión puede tener influencia en la conducta de alguien y, por tanto, significado moral, parece prudente admitir que esta extensa zona de la manifestación aislada de los sentimientos no puede ofrecerse como ejemplo de discurso moral. No caben en ella las cuestiones relativas a la propiedad o justificación de las expresiones y, cuando éstas se plantean, a propósito de un desacuerdo por ejemplo, se ha cambiado el discurso a otro nivel.

En un segundo nivel del lenguaje de la moralidad, lo que cuenta principalmente no es la mera influencia sobre una conducta, sino la guía. Una expresión que opera como guía de acción ha de presentarse como inteligible en todas sus partes y, por tanto, ha de tener un alcance racional que puede ser discutido en términos de corrección o propiedad. Se ofrece como respuesta a una pregunta de orden práctico y suele presentarse bajo la forma de una prescripción

–independientemente de su fuerza emotiva. Los filósofos prescriptivistas han estudiado el imperativo simple, como la forma elemental y básica del discurso moral. Pero esto no debiera entenderse en el sentido de que emitir un juicio moral sea siempre prescribir, y que todo enunciado de esta clase se manifieste invariablemente en forma imperativa. Puede darse una gran variedad de formas gramaticales en la expresión de elecciones o decisiones, de valoraciones y críticas, de amonestaciones y consejos –lo decisivo es que todas ellas operan como guías de acción y, de alguna manera, suponen, implican o conducen a un imperativo.

La diferencia con el nivel de las expresiones emotivas está justamente en el recurso al imperativo que opera como una regla de conducta y que, por definición, está a salvo del reclamo de las inclinaciones cambiantes y de las preferencias personales. Aun aquella norma que ordenara seguir el llamado de las pasiones como regla de conducta, por paradójico que pueda parecer, se ofrecería ya como un principio de justificación con pretensiones de validez universal.

En nuestros juicios cotidianos, para guiar nuestra conducta como para criticar la ajena, confiamos con frecuencia en un conjunto de normas, que se puede llamar el código moral aceptado por la comunidad. A este nivel, nuestro razonamiento no pone en cuestión normas ni instituciones, ni especula con la posibilidad de su cambio futuro, simplemente relaciona un principio aceptado con la descripción de un acontecimiento particular. Lo que hace el argumento que justifica una conducta, es mostrar su acuerdo con un cuerpo dado de normas, y tiene la misma estructura lógica que cualquier análisis de validación en el dominio de los conocimientos científicos. Cuando mide los resultados prácticos de una acción, hace inferencias inductivas; cuando subsume un caso particular dentro de una regla moral ordinaria, hace inferencias deductivas. Y el procedimiento termina con la exhibición de la norma aplicable al caso. Otra cosa sucede si encontramos un conflicto entre normas o si descubrimos la repulsa de la gente a aceptar una cierta descripción para gobernar su conducta. El conflicto conduce a la crítica de las normas, a procurar ajustes entre ellas, a la búsqueda de los principios de orden más general que puedan armonizarlas y apoyar su justificación. Pero esta búsqueda de razones, por completo subordinada a las exigencias de la práctica, no se compromete con requerimientos especiales de método –aunque representa ya un nuevo nivel del discurso moral.

El razonamiento moral prolonga en este tercer nivel la discusión normativa, en busca de la relación entre princi-

pios últimos y normas; trata de hacer explícitas las razones que intentan la justificación e incluso las organiza sistemáticamente, pero no rebasa los límites de los sistemas mismos. Todo su esfuerzo reflexivo permanece, por decirlo así, dentro del discurso moral primario, íntegramente enraizado en la vida práctica, de manera que el despliegue sistemático y doctrinario no pretende la objetividad de las teorías científicas, aunque pueda suponer decisiones de actitud, en mucho comparables a los requerimientos de la ciencia. Este es propiamente el campo del razonamiento moral, en él cobran vida los sistemas normativos, los códigos y las grandes doctrinas. Todos los problemas de la moralidad, más allá del cotejo de normas y consecuencias, tienen lugar aquí y, ante cualquier nuevo planteamiento, el sistema hallará flexibilidad y recursos para la respuesta consecuente –sin excluir siquiera la comprensión de otras doctrinas morales paralelas. Pero esta comprensión no elimina el conflicto entre las doctrinas ni la diversidad de las actitudes. Y, sobre todo, no alcanza el punto extremo de esta diversidad que es el cuestionamiento de la moralidad misma como tal. La pregunta: ¿por qué debiera yo ser moral?, es un desafío total que no tiene respuesta dentro del discurso moral ordinario.

El reto del egoísta que interroga por cánones de justificación específicos para la moralidad como tal, en tanto que guía de la acción humana, no tiene lugar en el espacio de la moralidad. La cuestión va más allá del discurso moral, incluso del tratamiento de los aspectos doctrinarios y de los elementos metafísicos del discurso moral, en un esfuerzo inútil por exigir la fundamentación de las actitudes y de los ideales de la vida. El razonamiento moral discurre a partir de principios; pero las cuestiones últimas se responden con decisiones acerca del valor de los principios básicos de una actitud moral. La doctrina moral más sistemáticamente elaborada requiere todavía de la vindicación de una norma fundamental, de un principio último o de un ideal que, de modo inevitable, se conecta con una concepción del mundo.

Si a propósito de las expresiones emotivas, a partir de las cuales surge el primer nivel del lenguaje de la moralidad, no cupiera un riguroso planteamiento de cuestiones de verdad o validez, tampoco cabría hacerlo a propósito del último nivel, que es el de la expresión de las actitudes morales. Y aunque estas expresiones no escapan por completo del análisis, mantienen un punto irreductible de decisión que señala los límites racionales del discurso.

En realidad, en el segundo y el tercer nivel se da el argumento moral propiamente dicho. Aquí se localizan los pasos lógicos, las descripciones y las definiciones que es posi-

ble controlar por los mismos procedimientos que se controla el discurso de la ciencia. Pero el discurso moral ordinario atraviesa estos dos niveles, surge antes y va más allá de ellos –aunque pocas veces de manera explícita. La referencia a los imperativos y a sus fórmulas de pretensión universal se inicia a partir de los intentos de justificación de las reacciones emotivas. De esta manera, las reacciones aisladas muestran que su simplicidad es sólo aparente, hacen patente su dependencia de tradiciones morales y, en último término, apuntan hacia concepciones muy complejas, que son expresión de actitudes fundamentales. Los argumentos morales ordinarios ponen en conexión normas y principios con descripciones de conductas y eventos de toda índole, relacionan enunciados de diversa forma gramatical y de diverso rango ideológico: señalan prescripciones, indican la pertinencia valorativa de los hechos, relacionan lógicamente las normas y los acontecimientos, y defienden la articulación de todos ellos y la validez del conjunto. Pero al hacer esto último pasan el cuarto nivel del discurso moral y hacen uso de enunciados cuyo contenido es imposible de corroborar.

EL NIVEL PROPIO DE LA ÉTICA Y SUS CUATRO NIVELES DE ESTUDIO

El discurso moral ordinario, sin embargo, sólo excepcionalmente es explícito en todos sus pasos. La complejidad y la dinámica de la vida moral, en cuyo servicio surge este discurso, mantiene tal índice de exigencias que éste queda condenado a tomar formas elípticas: a manifestarse en razonamientos incompletos, a silenciar premisas y supuestos, a aludir apenas cuando no a ignorar por completo los condicionamientos de la circunstancia y de la herencia cultural.

Reconstruir los pasos del discurso en toda su integridad, hacer explícitas las condiciones culturales y los supuestos doctrinarios y esclarecer el significado de expresiones y términos clave, es algo que está más allá de las doctrinas morales sistemáticas y de la moralidad reflexiva. Se trata de una empresa de naturaleza diferente que requiere una mínima distancia de las urgencias de la vida práctica, un interés crítico pero, sobre todo, un interés teórico que la distingue del discurso moral en todas sus formas. Y representa otro nivel diferente en el lenguaje de la moralidad: justo el que corresponde a la ética o filosofía moral, entendida como disciplina filosófica en sentido estricto.

Éste es un punto de encuentro del pensamiento moral propiamente dicho, núcleo de origen de la filosofía como

sabiduría o concepción del mundo, con la filosofía entendida en el más estricto sentido. Y con esto se pretende advertir que la señalada diferencia de niveles no representa la mera oposición –corriente en la literatura filosófica de los últimos años– entre ética y metaética, sino una distinción más radical entre dos sentidos, muy alejados entre sí, del término filosofía. No hay inconveniente, sin embargo, en tratarla aquí como una distinción de niveles del lenguaje moral; con tal de que se tenga en cuenta todo lo que a continuación se anota.

En primer lugar, ha de quedar bien claro que el nivel del análisis filosófico mantiene como objeto de estudio al lenguaje de la moralidad propiamente dicho, y que el uso de expresiones y términos morales a lo largo del discurso es una forma de mención que neutraliza su naturaleza y sus funciones prácticas. La neutralidad de la investigación filosófica, frente a las doctrinas morales y a los sistemas, no significa otra cosa. Pero es obvio que los resultados de la investigación pueden tener consecuencias indirectas en la vida moral, como también es verdad que el investigador puede ser llevado al planteamiento de problemas filosóficos, como resultado de preocupaciones surgidas en la vida práctica.

La mejor manera de hacer patente la distancia que impide a la ética identificarse con su objeto –que es el lenguaje de la moralidad, ya sea en sus formas espontáneas o como moralidad reflexiva– es mostrar dentro de la ética misma otras tantas empresas de investigación, paralelas a los niveles señalados para el lenguaje de la moralidad. Por ejemplo: frente al primer nivel, el relativo a las expresiones más espontáneas de nuestra vida moral, corresponde a la teoría ética la tarea de dar cuenta del significado de estas expresiones y de esclarecer el papel que cumplen los términos clave que en ellas aparecen. Al segundo nivel, el de los razonamientos morales que ponen en relación casos particulares con expresiones de forma imperativa, normas o principios, corresponde dentro del campo de la ética el estudio de la estructura lógica del razonamiento moral y el análisis crítico de las maneras de intentar la convalidación. Si consideramos el tercer nivel, en que la discusión moral organiza en sistema normas y principios de justificación, hallaremos en el campo de la ética la tarea paralela del análisis de estas conexiones lógicas, de una teoría de las normas y los sistemas normativos –todo lo cual desemboca en lo que se llama lógica deóntica. Finalmente, frente a las decisiones básicas de una actitud y a sus expresiones últimas, es decir, frente a los ideales individuales y colectivos que se conectan a una

concepción del mundo, la ética ha de responder con la más compleja de sus tareas: la teoría de la acción, la libertad y la responsabilidad, y el examen del valor de verdad de las doctrinas morales sistemáticas. En este campo, las cuestiones ya no son tan sólo lógicas o semánticas, sino francamente epistemológicas.

En segundo lugar, ha de tenerse en cuenta que los cuatro niveles del lenguaje de la moralidad arriba registrados pueden operar, en principio, sin restricción alguna de carácter metódico y a partir de decisiones fundamentales de actitud –lo que no impide que pueda intentarse la formulación de una doctrina moral de pretensiones racionales y hasta científicas. En cambio, dentro del campo de la ética y sus cuatro niveles de estudio, no caben opciones: la filosofía en sentido estricto procede de la misma manera que las ciencias, con métodos establecidos y a partir de un marco teórico justificado por razones pragmáticas. Aunque sobre esto último hay que añadir todavía un par de brevísimas consideraciones.

ÉTICA Y ACTITUD MORAL

La pregunta ¿por qué ser moral?, sin respuesta dentro del campo de la moralidad, puede presentarse desde el punto de vista del análisis filosófico como una interrogación sin sentido. A la vez, ella misma puede prolongar su impertinencia hasta alcanzar las cuestiones filosóficas: ¿por qué reflexionar filosóficamente sobre la moralidad? Y ahora no se trata ya de la posibilidad abiertamente aceptada de posiciones morales irreflexivas o incluso de doctrinas irracionales. Se trata de pedir a la filosofía misma cuenta y razón de su existencia, por encima de la aceptabilidad de sus métodos y de las razones pragmáticas que puedan apoyar el marco teórico de su trabajo de investigación. Es una pregunta que no encuentra lugar dentro de la ética propiamente dicha, sino que tiene un claro sentido moral y, literalmente, vuelve la discusión al terreno de los asuntos prácticos. Un terreno en que la ética no puede dar respuestas, porque no es su tarea dictar normas, ni justificar principios o comportamientos. Cuando ensaya caracterizar los procedimientos generales de validación, por los cuales pueden los imperativos hallar justificación, la ética no ofrece reglas de conducta ni modelos de comportamiento, sino fórmulas vacías que permiten someter a prueba cualquier regla. Son criterios formales que cumplen una función regulativa, que se mantienen abiertos a la discusión y pueden ser cambiados en el momento en que aparezcan como inadecuados.

La pregunta señala los límites de la actividad filosófica y, por otra parte, el carácter a la vez crítico y regulativo de la ética descubre que los criterios formales suponen decisiones metodológicas que no son autosuficientes desde el punto de vista de su justificación como tarea humana. La filosofía permanece como una actividad de segundo orden, pero las restricciones a que están sujetos sus procedimientos no son ajenas a las actitudes morales y marcan definitivamente sus funciones teóricas y críticas.

Éste es el otro punto de contacto entre el pensamiento moral propiamente dicho, núcleo de origen de la filosofía como sabiduría o concepción del mundo, con la ética entendida como disciplina filosófica en el sentido más estricto. El carácter omnicompreensivo y totalizador de las concepciones del mundo, se ofrece como el único camino para intentar la justificación moral de la ética en tanto que tarea humana. Y es bien claro que en este punto de encuentro no se da una relación deductiva o lógica –es simplemente una conexión práctica, una relación de orden moral. Otra vez el lenguaje de las deliberaciones morales recobra su rango de primer orden y los análisis filosóficos quedan fuera de lugar. Toda neutralidad ha terminado.

La neutralidad lograda en los niveles de la investigación filosófica de la moralidad tiene, según quedó advertido, las mismas limitaciones que la neutralidad de la ciencia: las que provienen de sus opciones metodológicas. Limitaciones imperceptibles en el análisis de primer plano de las expresiones morales o de las nociones fundamentales, pero notables en el tratamiento de los sistemas y en el concepto mismo de moralidad. Si se ha aceptado como regla de método, por ejemplo, que todos los procedimientos del análisis sean susceptibles de ser revisados y que en ningún caso puedan conducir a enunciados que no puedan a su vez ser sometidos a crítica racional, se ha aceptado una propuesta –que debe ser discutida a la luz de sus consecuencias, pero que no deja de ser una propuesta de dudosa neutralidad en la práctica filosófica. Por una parte supone el apego a un punto de vista que no es independiente de la tradición racionalista y crítica del pensamiento occidental; por otra, califica por anticipado el concepto de moralidad y la validez de los sistemas morales. •

FERNANDO SALMERÓN fue rector general de la UAM. Publicó, entre otros libros, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, *Cuestiones educativas y Páginas sobre México* y *La filosofía y las actitudes morales*.

Publicado en septiembre de 1980.